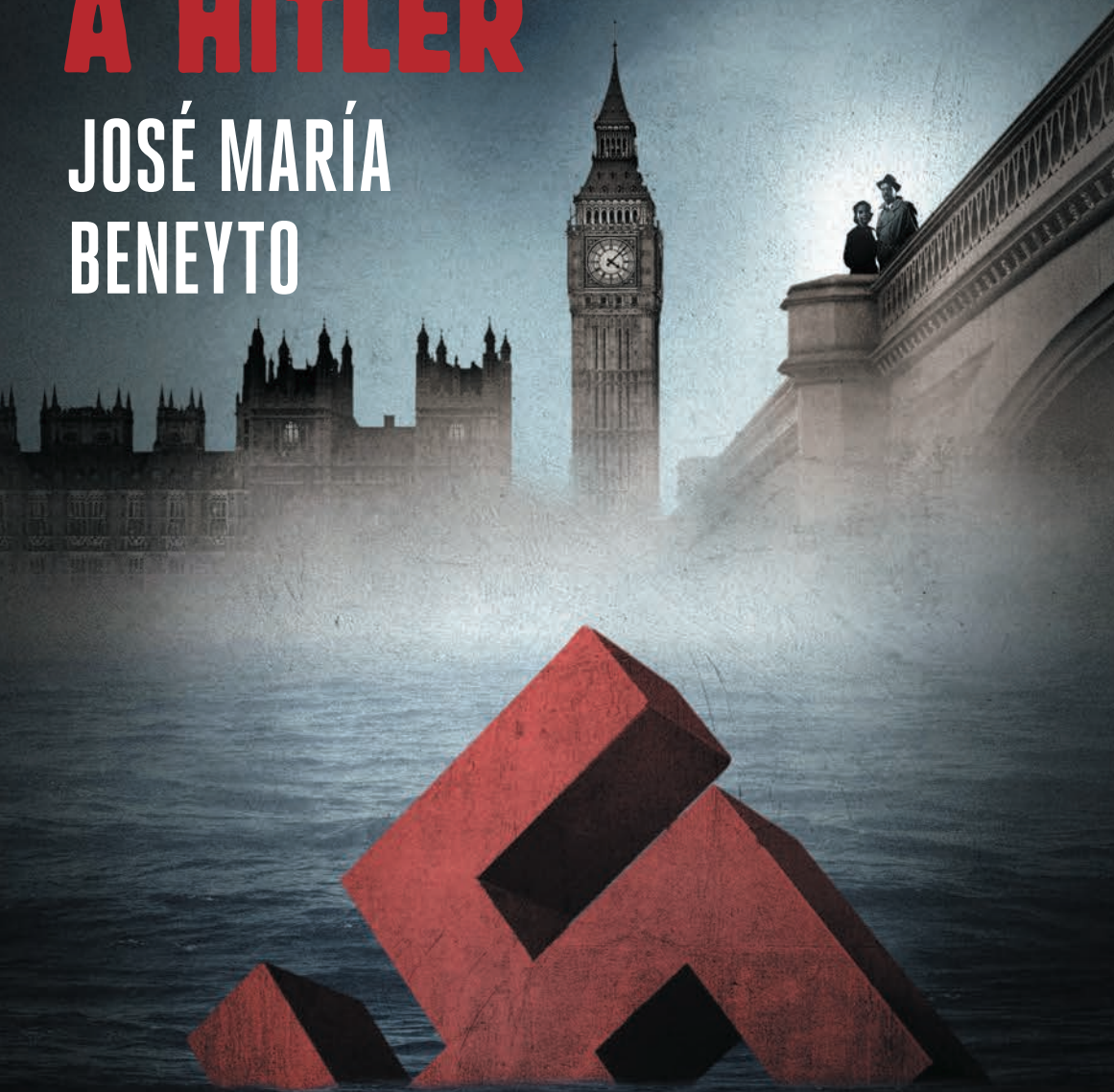


EL ESPÍA QUE ENGAÑÓ A HITLER

JOSÉ MARÍA
BENEYTO




ESPASA

JOSÉ MARÍA BENEYTO

EL ESPÍA QUE ENGAÑÓ A HITLER



ESPASA © NARRATIVA

© José María Beneyto, 2016
© Espasa Libros S. L. U., 2016

© Diseño de la cubierta: Coverkitchen, 2016

Depósito legal: B. 10.926-2016
ISBN: 978-84-670-4727-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Huertas, S. A.

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

UNO

Madrid, enero de 1941

Aquel hombre que tenía enfrente se hacía llamar *Federico*.

Pujol había llegado a la hora fijada a la cita en el café Negresco, en la calle Alcalá, no lejos del Banco de España, caminando con gestos pausados y una sonrisa ingenua para disimular la inquietud que le recorría el cuerpo.

Al entrar distinguió a algunos habituales que buscaban más cómo guarecerse del frío que contribuir a la salud comercial del establecimiento, a pesar de que en el interior del café también hacía una temperatura heladora. Charlaban a voces, bebían achicoria como sucedáneo del café, jugaban a las cartas y se lanzaban miradas de envidia, de estómagos vacíos reclamando sus derechos.

Las restricciones de luz obligaban a mantener las luces a mediana intensidad y, en esa penumbra, Pujol buscó al alemán entre las mesas.

Distinguió a dos o tres parejas, pero sobre todo hombres, solos o con amigos. Los rostros enrojecidos, hinchados o tísicos, protegiéndose con abrigos y bufandas avejentadas o unas chaquetas de polvo. En sus ojos, la ilusión fugaz de haber sobrevivido a la guerra y la tenue esperanza de los momentos de la victoria. La copla de Concha Piquer, los pasodobles, los boleros eran la música de fondo permanente. Y un humor dulzón, sentimental, de covacha y parodia fácil sobre sí mismos.

El nuevo año había comenzado con un violento temporal de nieve y frío, avance de un crudo invierno, lleno de privaciones.

Meses de hambre y de frío.

Y de malas noticias para el Generalísimo. Hitler presionaba para que España entrara en la guerra y cerrara el Mediterráneo por Gibraltar. La así llamada Operación Félix aún no había desaparecido del mapa. En la cabeza del Führer ayudaría a una rápida conclusión de la guerra y abriría además a España el camino de África. Pero Franco remoloneaba, se resistía. Sabía que dependía vitalmente de que los aliados le suministraran alimentos y materias primas, tan necesitadas para relanzar la industria española.

Al fin, lo vio. Estaba sentado al fondo, sin gentes alrededor. Pujol sonrió tratando de mostrar en proporciones exactas el sentimiento de humildad, respeto y seguridad. Federico, erguido, circunspecto, le saludó en un tono serio y cortante. Pujol dijo que era el señor López. Se dirigieron ambos una mirada fugaz que él acompañó de un forzado entusiasmo cuando le estrechó la mano. Le llamó la atención que Federico hablara un castellano sin tacha, una buena señal después de las conversaciones telefónicas que había mantenido con los funcionarios de la embajada alemana desde hacía varias semanas y en las que apenas había conseguido entender a sus interlocutores.

El alemán tenía el pelo castaño y los ojos claros. Las facciones cuadradas, los movimientos excesivamente rígidos. Vestía un traje cruzado de rayas y solapas amplias, con camisa blanca y corbata gris. Pulcritud y esmero, distanciamiento.

—No tengo ninguna duda de que Alemania va a obtener una gran victoria en la guerra —empezó diciendo Pujol, apresurado, trabándose—. Su superioridad en el campo de batalla es aplastante y los aliados no van a poder competir con la extraordinaria capacidad del Reich de producir maquinaria de guerra. ¡No puede durar mucho más tiempo hasta que se vean forzados a capitular!

Un silencio gélido, desconfiado, acogió estas palabras. Pujol pensó que no iba a ser tarea fácil.

—¿Por qué se ha puesto en contacto con nosotros, qué es lo que quiere? —La voz de Federico sonó desafiante, incluso irritada.

Durante muchos días Pujol había estado dándole vueltas en la cabeza a un esquema elaborado que en esos momentos le parecía absurdo, difícilmente creíble por su interlocutor. Dudó. ¿Debía seguir adelante con aquella representación de la que ni él mismo se sentía seguro?

Araceli, su mujer, no había parado de darle ánimos:

—¡Hay que salir de aquí, Juan! —le insistía—. ¿No oyes cómo repiten que necesitamos pan para que el pueblo coma? ¿Y la tuberculosis? ¿No has visto cuántos se mueren como chinches? ¡Y el color que se les pone! ¡Nos moriremos de hambre o sin parar de toser!

La voz de Araceli, en su cerebro, le dio a Pujol un impulso extraño que le forzó a vencer el miedo. No podía echarse atrás; no, cuando había conseguido que los alemanes mostraran deseos de hablar con él.

Reflexionó entonces rápidamente en cómo extender sus redes. En cómo descubrir la abertura por la que poder introducirse y atraer a Federico. En cómo ganar mínimamente su atención, desvelar algo que le descolocara, que espoleara su interés. Y en el mismo momento que se preguntaba todo eso, experimentó una sensación placentera, como la que siente el jugador antes de lanzar los dados sobre la mesa.

—Creo que puedo resultarles muy útil —le espetó Pujol, pretendiendo aparentar aplomo—. Conozco gente influyente, con dinero y relaciones fuera del país. También mujeres que podrían obtener información confidencial, usted ya me entiende...

El agente alemán mostró una mueca de disgusto. No había venido a escuchar aquellas estupideces.

Pujol, sin embargo, intuyó algo. Inseguridades detrás de la mirada de hierro. Presintió que su interlocutor podría llegar a bajar la guardia. Quizás una curiosidad por la aventura o un resto de sentimentalismo germano. Especu-

ló con que esa aparente determinación de acero le podría llevar en ocasiones a equivocarse perseverando en ideas fijas. Todo eso se podía utilizar. De alguna forma lo vislumbró Pujol, felino.

Resultaba obvio que Federico era una persona educada, de buena familia, que debía de haber vivido durante bastante tiempo en España. Tenía la mirada ligeramente triste, empañada por una cierta melancolía. Llegó a la conclusión de que cuanto más arriesgara, cuanto más fantásica fuera su historia, con más posibilidades contaba de romper el muro de hielo ante el que se encontraba.

—Me gustaría poder servir al Reich con mis capacidades.

Hizo una pausa para calibrar los efectos de sus palabras. Notó que las manos le sudaban, y se esforzó para no pasarse la lengua por los labios. Intentaba respirar con normalidad. Tenía que mantener la mirada firme, fijarla en sus ojos, mostrarle absoluta convicción. Su mente estaba muy confusa, brotaban sin cesar fragmentos de ideas.

—Podría desplazarme a Gran Bretaña y desde allí actuar como su persona de confianza. Trabajar en algún periódico o en la radio como corresponsal, hacer de traductor. Algo práctico que les ayude a ustedes transmitiéndoles información.

Por primera vez encontró en los ojos de metal un atisbo de curiosidad. La palabra clave había sido «Gran Bretaña».

—¿Usted podría vivir en Inglaterra? ¿Tiene un visado válido?

Tenía que jugarse el todo por el todo, *rien ne vas plus*:

—Trabajo en ocasiones con la policía... —Pujol se aproximó deliberadamente al rostro del teutón. Olía a higiene—. Podría conseguirlo —aseguró.

Sintió el palpito de su corazón, más apresurado que antes, y le inquietó aún más que el alemán se diera cuenta. Ahora sí se sentía entrando en la guarida del lobo, como un corderillo inmaculado dispuesto a ofrendarse. Y el morboso placer de la seducción a flor de piel.

Desde la calle llegó el ruido del viento que golpeaba con sonidos secos en las ventanas. Se oyó el chirrido de los frenos de un automóvil, uno de los pocos que circulaban en el Madrid de la miseria y el gasógeno. El local se había ido vaciando, algunos hombres se quedaban jugando a las cartas y bebiendo unas copitas de anís El Mono, que mezclaban en la taza con el falso café, la achicoria amarga, y que decían que curaba los dolores musculares. Parecía llenar el estómago, pero también animaba el apetito.

Al entrar, Pujol había reparado en una mujer joven sentada junto a otra persona. Llevaba un escote más abierto de lo que mandaban los estrictos cánones del Madrid de la época. El régimen se encontraba en pleno apogeo de su cruzada por las buenas costumbres, aunque él bien sabía que no había que hurgar mucho debajo de la superficie para encontrar casi todo lo que se deseara...

Le vino a la cabeza Celia Gámez, la reina de la revista musical con *Las Leandras*. Ya desde antes de la guerra. Ahora acababa de estrenar *Yola*, otro gran éxito del que hablaba todo el mundo. Se le había ocurrido mientras seguía viendo, sin mirarla, a la joven sentada varias mesas más allá, y se acordó también de lo que decían los propagandistas de la nueva moralidad, lo que había escuchado esa mañana en la radio: «La revista es ahora espuma y sonrisa, vicetiples que levantan las piernas al compás, *vedettes* de trajes vaporosos, decoraciones, bailarines, diálogos ligeros salpicados de chistes y frases ingeniosas».

Esbozó una sonrisa irónica con la que buscaba despejar su zozobra e inseguridad. ¿No estaba él también entrando en escena? ¿Como una vicetiple, una *vedette*, un bailarín, el rey de los chistes ingeniosos! ¿Cómo iba a hacer su papel? Aún recordaba más del anuncio que había escuchado en la radio al levantarse: «Lo demás, lo grosero, lo inmoral, en una palabra, lo sucio, eso se ha suprimido».

¿Y qué decir de otro cantante de los que estaban todos los días en las ondas, de Juanito Valderrama? Como a él, la

guerra le había cogido con las izquierdas, campesino andaluz que, con dieciocho años, había formado un grupo de flamenco poco ortodoxo para animar a la tropa y a los heridos. Ahora era muy popular. Seguro, pensó Pujol, con cierta inquina, que sabía moverse como pez en el agua por los corredores del poder.

Se acarició ligeramente el mentón y se ajustó las lentes, los ojos fijos en Federico y su mirada distante. Ahora sí se pasó la lengua rozando los labios, como hacía antes de iniciar una de sus vibrantes peroratas. Consiguió continuar de forma calmada, sin mover las manos.

—Un comisario amigo mío me quiere utilizar como cebo para atraer a un inglés que se dedica al negocio de joyas y de divisas. Ya ha intentado sin éxito cambiar cinco millones de pesetas a libras esterlinas. Sería el camino para conseguir el visado.

El negocio del estraperlo. ¿Quién no vivía de él si tenía la menor posibilidad? Ese *sucio* no se había suprimido. Al revés, florecía cual fértil flor de Pascua. La fuerte carencia de moneda extranjera en España generaba un tráfico paralelo muy lucrativo. El régimen necesitaba como fuera divisa extranjera. Solo había un requisito: hacían falta buenos contactos con la burocracia franquista.

—Esta operación —prosiguió Pujol, con los ojillos acorados empequeñeciéndose aún más— requiere la autorización del Gobierno español para trasladarse a Gran Bretaña. Como ve —añadió, haciendo que su pequeña y ágil figura se engrandeciera—, no le miento cuando digo que puedo serles útil.

Comenzaron a caer los primeros copos de nieve. Blancos. Sin sonido. Los ruidos amortiguados. Pujol lo percibió desde el fondo del Negresco. No pudo reprimir el deseo de volver a mirar a la joven de cabellos oscuros y ojos marinos. Ahora discutía acaloradamente con el hombre que parecía su amante. No se les entendía bien, pero ella le reprochaba o le exigía algo. ¿Qué podía ser? ¿Amor, dinero o simplemente algo de calor, sentir cerca un cuerpo que

le hiciera olvidar, aunque fuera por un tiempo, la sensación del abandono, el hielo por fuera y por dentro?

Federico no se inmutó ante la oferta de Pujol. La impresión que había tenido de que el teutón bajaba la guardia se había disipado. Más bien al contrario, sintió que le seguía calibrando, impertérrito. Le observaba, le escrutaba, con un bisturí capaz de diferenciar capas de epidermis.

—Si usted pudiera trabajar como corresponsal de prensa en Londres, quizás resultara más interesante para nosotros —replicó al cabo el alemán—. Pero para eso necesitaría una acreditación del propio Gobierno británico. Un pasaporte y un visado. Imposible de conseguir.

¿Era aquello algo más que una negativa?

En su entusiasmo febril, Pujol sintió una corazonada lanzada al viento. No tenía la menor idea de cómo lograrlo. Era descabellado. Era peligroso. Pero el agente de inteligencia alemán había descorrido la cerradura de un portillo. Por él tenía que ser capaz de introducirse como fuera. El mundo es de los audaces, se dijo a sí mismo recordando a Araceli, de los nadadores que se lanzan al mar desde el acantilado. Luego soñó: si las olas o las incertidumbres del fondo marino se apoderan del nadador, su alma será enterrada en la arena y escapará en forma de gaviota.

Se sobresaltó cuando su interlocutor le dijo bruscamente que la entrevista había terminado. Casi sin decirle adiós, se levantó y se fue a por el abrigo en el perchero, cerca de la puerta giratoria de madera.

Sin embargo, después de salir juntos, Federico, con gran discreción, le estrechó en las manos un papel con su teléfono. No mostró particular interés, pero le solicitó con firmeza que le llamara si obtenía el pasaporte. Pujol sintió como una bocanada de aire que le abría un horizonte de esperanza. ¡Una posibilidad!

Aún algo perplejo por el resultado final de la cita, mientras se abrigaba bien con la bufanda y el sombrero calado, Pujol se fijó más abajo en la calzada, alejándose del brazo de su acompañante, andando briosa con los al-

tos tacones y el movimiento de mariposa, en la joven del vestido de flores y los ojos de intenso azul. Le pareció que ella le miraba con curiosidad. Era hermosa. Endiabladamente hermosa.

En un Madrid de luces y sombras intercambiables —caviló—, la mujer debía guardar algún tipo de relación con el refinado agente de la inteligencia alemana con el que se había entrevistado. La mirada no había sido despectiva. Más bien invitadora.

Le hablaba de una vida distinta...

No iba a dejar de tener a la mujer en sus pupilas y a esa otra vida en su imaginación.

Pero en aquellos ojos distinguió algo más. Algo que le estremeció.

Aquellos eran los ojos de una asesina.

Antes de perderla de vista, pensó, aterrado, si no había ido demasiado lejos.